

RÉQUIEM POR UNA MUSA

Desde el edificio Esthela, sobre la calle Chihuahua, un personaje describe la noche de un sábado cualquiera en el Distrito Federal poblado de

miradas ausentes, como esperando a que algo rompa la monotonía; otros que hacen el amor detrás de las cortinas de tul amarillo tratando de detener el efímero instante que se escapa en gritos y gemidos y que todos los vecinos notan; otros que se ejercitan en sus caminadoras y en sus bicicletas fijas sudando el mar de su silencio, concentrados en el fruto de sus esfuerzos; otros que cruzan los puentes peatonales como quien atraviesa del sueño a la vigilia observando detenidamente el río de tráfico, tiempo y rostros; algunos fantasmas más que, despistadamente, hacen la parada a una pesera indiferente.

Verónica Olguín –quien durante el encuentro de la novelística del Valle de Toluca, efectuado a principios de año en Ixtapan de la Sal, protestó por el calificativo de *light* que algunos críticos aplican a la literatura de mujer– es autora de las líneas transcritas. Al releer este pasaje de *“Las estrellas perdidas”*. *Club para solteros* no detecto elementos para diferenciar si un hombre o una mujer lo escribieron. Encuentro –como igual pudiera citar extraídos de la narrativa de Berenice Romano Hurtado, Carmen Rosenzweig o Emma Mauricia Moreno– agudezas de observación traducidas, emocionantes planteamientos, plasticidad en las descripciones; belleza literaria que está por encima del combate entre géneros.

Un primer comentario sobre la literatura de mujer radicaría en suponer que el escritor –como genérico de cuantas y cuantos elegimos este valle de teclas– goza y sufre a independencia de su sexo. Hay menos crítica a la literatura de mujer en esta región, podría alegarse; parece igual, sin embar-

go, el lapidario silencio de críticas y críticos hacia unos y otras. Desde mi perspectiva, hay tan buenas escritoras como malas en proporción a tan buenos como malos escritores; poetas y poetisas de ingenio fantástico entre nosotros, prosistas de sólidas estructuras que por el sexo no se explican.

Más que distancias entrambos, percibo curiosidades sobre los modos y temáticas con que otras y unos abordan su literatura. La principal estriba en descubrir que María Eugenia Olguín (*Vínculos*), Blanca Aurora Mondragón ("Gemela") y algunas compañeras de talleres literarios han podido dar el salto de la muerte de un sexo a otro: hablar como varones, asumir la perspectiva masculina para crear la necesaria intimidad que demanda todo texto logrado. Un ejemplo contundente no por su estridentismo, sí por su eficacia, es la novela *Vínculos*, de María Eugenia Olguín. En contrasentido, fuera de la narrativa de tema homosexual, no recuerdo en la región varones que desarrollen monólogos desdoblándose hacia la óptica femenina.

Otra singularidad, común a escritoras y escritores, pero expresada de modo distinto, la encuentro en la poesía.

Desde hace algunos años la literatura halló en el entorno familiar, en los roles sociales asignados y los compromisos de vida adquiridos, una veta de expresión en cierto sentido novedosa. Algunos varones se han permitido hablar de su afecto no carnal hacia otros varones y el ejemplo mayor se da cuando los compadres Francisco Paniagua Gurría (*Sirena blanca*) y Luis Antonio García Reyes (*La selva, tu selva, mi selva*), poetas y maestros de poesía, comunican entre sí emociones, vivencias y confesiones de hondo calor humano a través de sus versos. De modo semejante, algunos hombres están escribiendo, dentro y fuera de la ciudad, versos del afecto no escrito en vida hacia el padre. El paralelo en este giro se acentúa en casos como Lizbeth Padilla (*Escobas para viaje*) y Flor Cecilia Reyes (*Como una luz llamada*) quienes hablan de sus hijos con cimbrante honestidad, evocan al padre o la abuela con la intensa sensibilidad que les caracteriza.

Si enfocamos el lente hacia la literatura de mujer sin el parámetro masculino, hegemónico todavía un par de décadas atrás, es notable una evolución: las narradoras han abandonado la primera persona y el pasado como preeminentes modos narrativos. El aquí y el ahora se ubica en el presente, lo cual representa un salto cualitativo. Es decir, la escritora de nuestros días abandonó cierto ego meramente evocativo para desarrollar historias cuya trascendencia parte de lo vivencial: mujeres de nuestro tiempo que se entregan a la vida con sus vicios y consecuencias, con sus virtudes y tedios, dispuestas a confrontar a piel abierta el vacío existencial y se olvidan de lo que pueda opinar la mamá o el novio de cuanto se escribe. No es el escándalo lo que atreven: es el mundo de hoy y su resquebrajamiento de modos de vida, deconstruyéndolo con valor, certeza y hallazgo.

Así, esta evolución literaria en la mujer hace tiempo que dejó la milpa y el barrio bajo como escenografía para insertar al personaje de su literatura en un planeta más vivo, más real, más rico en historias que contar. Bertha

Balestra descubre Metepec como un terreno fértil en situaciones urbanas y sus referencias al productor campesino o artesanal se circunscriben a la referencia, a un mero telón de profundidad, a localizar el contexto; pero aquellos motivos rurales no ocurren como eje de sus historias. Más aún, nuestra pareja de escritoras Olguín, Verónica y María Eugenia, tienen como trasfondo narrativo una urbe compleja, una megalópolis, la construida alrededor de la ciudad de México donde el amor de vieja usanza, acontecimiento romántico, prelude de matrimonio, es ya imposible. Sus historias deben aterrar a más de un santo varón, deben ser alucinógeno puro para mentes del siglo pasado. Ellas son escritoras del siglo XXI y los Osorio [Eduardo], Ariceaga [Alejandro], Herrera [José Luis], Chávez [Marco Aurelio] y otras prestigiadas plumas deberán confesar que, ante la marabunta de transformaciones culturales de lustros recientes, la escritura de hombre en nuestra región ha carecido, si no de valor, sí de lucidez para mirar la sordidez de nuestro entorno.

Pueden argumentarse en contra, tal vez, problemas estilísticos en torno a las letras de mujer. Al respecto carezco de comentario alguno. Mi apreciación continúa estancada en la premodernidad de quien abre una novela para seguir una historia o leer poesía para conectar emociones. En tal estrategia personal, me seducen o no los diversos tratamientos sobre cada temática. Cuando leo, encuentro el mundo que busco o no. A eso se reduce mi principio de placer, mi regusto de vida. De modo que, para efectos de oleajes y montañas, no me fue ingrato releer a dos o tres colegas para cumplir el compromiso con Virginia Aguirre, promotora de este análisis y en quien reconozco la sensibilidad para trabajar literatura por encima de prejuicios burocráticos o intereses de tribu.

Establecido lo anterior, algunas maneras de mujer me parecen más gozosas que otras, más placenteras, casi orgásmicas, sobre todo cuando nos mueve el tapete el humor que algunas autoras comienzan a descubrir, cuando me ilumina el tono poético en otras.

Declaro, para concluir, con mi pesar de escritor nacido en tiempos de machismo:

Señores y señoras:

La literatura de mujer existe.

La musa inspiradora ha muerto.

Descanse en paz. LC



ADRIANA BORBÓN.